

Spanish Language Exam Passages:

1) Hay acá un cambio sutil pero notorio que le permite a Ricote contar otra cara de la historia, y que a la larga hará posible otra manera de imaginar la genealogía nacional. Gira en torno a ese “nuestro” que le da otro valor al “parecer de algunos” sobre el costo de la expulsión en sufrimiento humano. Es un “nuestro” que no solo le permite a Ricote hablar por todos los moriscos españoles, sino que recuerda, además, el lugar que comparte con Sancho, ampliando aún más la red de complicidades. Vale apuntar que describir la expulsión como una cura “blanda y suave” parece invertir la retórica médica que se empleaba para discutir el destino de los moriscos: los propagandistas de la expulsión urgían la severidad de una cura por amputación y cauterización—cercenar a los moriscos del cuerpo del estado—arguyendo que las curas menos drásticas—las blandas y suaves de catequización e instrucción—habían fracasado.

El bando de expulsión emplea la retórica fisiológica precisamente en este sentido, trazando la historia de los intentos fracasados del estado de “reducirlos por medios suaves y blandos” y así justificar el uso de métodos más severos. Cuando los partidarios de la asimilación de los moriscos responden a la decisión de expulsar arguyendo que no se debía aplicar la amputación hasta que terapias más suaves corriesen su debido curso, hubo expulsionistas de la línea dura que respondieron que el exilio era una cura blanda, pues el rey podía, por derecho, ejecutar a los moriscos por traición.

Georgina Dopico Black, "Las lágrimas de Sancho," 2009

2) Salí corriendo de la casa, poniéndome la chamarra Eisenhower. Llegué a la cochera y subí al Thunderbird, lo puse en marcha, el portón levadizo del garaje se abrió automáticamente al ruido del motor y arranqué a ciegas. Algo, un mínimo sentido de la precaución, me dijo que Nicomedes podría estar allí, en el camino entre el garaje y la maciza puerta de entrada, recogiendo la manguera, tonsurando el pasto artificial entre las losas de piedra. Imaginé al jardinero volando por los cielos, hecho pedazos por el impacto del automóvil y aceleré. La puerta de cedro despintada por las lluvias de verano, hinchada, crujiente, también se abrió sola al pasar el Thunderbird junto a los dos ojos eléctricos insertados en la roca y ya estuvo: rechinaron las llantas cuando viré velozmente a la derecha, creí ver la cima nevada de Popocatépetl, era un espejismo, aceleré, la mañana era fría, la niebla natural del altiplano ascendía para encontrarse con la capa de smog aprisionada por el circo de montañas y la presión del aire alto y frío.

Aceleré hasta llegar al ingreso del anillo periférico, respiré, aceleré, pero ahora tranquilo, ya no tenía de qué preocuparme, podía dar la vuelta una, dos, cien veces, cuantas veces quisiera, a lo largo de miles de kilómetros, con la sensación de no moverme, de estar siempre en el lugar de partida y al mismo tiempo en el de lugar de arribo, el mismo horizonte de cemento, los mismos anuncios de cerveza, aspiradoras eléctricas...

Carlos Fuentes, *Agua quemada*, 1981